

"LA RAZA DE CAÍN"

Novela de Carlos Reyles

Fragmento de una conferencia pronunciada en el Ateneo del Uruguay el 19 de setiembre del corriente año, inaugurando el ciclo de conferencias del Ateneo de Juventud Uruguaya.

Libro doloroso lo ha llamado su autor, y en verdad que merece tal calificativo. La Raza de Caín! poerseguida por una eterna maldición; pobres seres que pasan por la vida como fugaces fantasmas de dolor, sin despertar una simpatía, sin encontrar regazo protector que acoja su inmensa desventura, el alma embargada por el desaliento opresor de un destino adverso! Raza oprimida, raza vencida, debe sopportar toda una vida de resignación, toda una existencia destinada al martirio, por una maldición cruel de un dios incapaz de perdonar! Seres nacidos para sufrir, espíritus desorbitados que no alcanzan a comprender su desventura, intentan rebelarse contra los escarnios que a diario les ofrece la existencia, sin sospechar que su destino es triste, que son eternos condenados a una vida miserable que en vano pretenden rechazar. Oh la Raza de Caín! Es inútil luchar; desde la cuna traen el estigma de la culpa de su antepasado, y ese delito debe ser purgado hasta las últimas generaciones!

En la novela de Reyles, esos seres malditos, que no tienen derecho a querer, porque antes de intentarlo deben desechar sus aspiraciones, porque tampoco pueden aspirar, actúan en la vida con el agravante de

que tanto Guzmán, como Cacio y Menchaca, son viles, cobardes, degenerados, productos inferiores de esa raza maldita, que concluyen por aceptar de lleno las renunciaciones de una vida sin objeto, pues en cierto momento, carecen de valor para borrar lo que es escarnio, lo que constituye la mancha, la maldición de la "Raza de Caín". Rehusan tomar la realidad de frente, como los hombres de corazón, atentos a colmar aspiraciones secundarias. Como Cacio, incapaz de rebelarse ante la realidad de su deshonra, no atreviéndose a abofetear a Arturo; primero, porque le teme, y segundo, porque cree que con ello ganará más pronto el corazón de Laura. Como Guzmán, que no se suicida por cobardía luego de haberle dado muerte a su amante, esa Taciturna digna de mejor suerte! Como Menchaca, engañado por Ana, que cuando ésta le escupe en pleno rostro el epíteto cruel que encarna su deshonra, no acierta a castigar la afrenta, sino que cae de rodillas implorando perdón a la que lo ha colmado de vergüenza, y que en su impudicia, aún se atreve a apostrofarle! Hay demasiado miseria, no podemos aceptar tanta bajeza! Reyles ha extremado la nota, y nos presenta seres viles, que se atreven a afrontar las vicisitudes de su miserable existencia, hasta donde se lo permite la comodidad!

Ese estado de espíritu de eternos incomprendidos que adoptan los personajes de Reyles, ya lo había tratado Chateaubriand, aunque atenuado por el romanticismo de la época. En la vida, encontramos a diario más Renatos que Cacios o Guzmanes; porque el personaje que para Chateaubriand encarnaba lo que se llamó "mal del siglo", no es propio de aquella época, sino que es un producto de todos los tiempos, aunque diferenciado por los caracteres dominantes de los mismos.

En su obra, Reyles ha pretendido algo más que un pálido trasunto de los modos franceses, y ha creado una novela psicológica de alto fuste, quizás lo mejor en su género que se ha escrito entre nosotros. Guzmán, Cacio y Menchaca, encarnan análogos estados de espíritu. No obstante, se diferencian en proporción a su distinto grado de cultura. Guzmán, espíritu refinado, "que también tenía o había tenido sus puntas y ribetes de escritor", "realizaba el tipo perfecto de la medianía criolla", "Leyendo y viajando había-se dado una cultura variadísima, que lo refinó más de la cuenta, hasta el extremo de convertirlo en un ser exótico y en una preciosa de la sensibilidad humana muy curiosa, pero sin aplicación posible en un medio de pura actividad comercial, hostil a las blanduras y a los refinamientos de las civilizaciones muy adelantadas".

Producto exótico, de un medio extraño, no hallaba encaje en la tranquila sociedad con quien convivía. La costumbre de raciocinar sobre todo y ante todo, lo convirtió en un analizador tenaz "de propias y ajenas sensaciones". Espíritu desorbitado, sumido siempre en un mar de dudas, era un extraño conglomerado "de los retazos de muchas civilizaciones".

El "tipo" de Guzmán ya había sido analizado por Reyles en su novelita "El Extraño", quizás mejor que en "La Raza de Caín". En esta última obra encontramos un Guzmán más misántropo: terriblemente egoísta, sus palabras tienen más hiel, es menos humano que el otro Guzmán, también desorbitado analizador de sensaciones, pero más hombre... tiene menos de Cacio!

Cacio, de origen humilde, hijo de unos pacíficos y aburguesados "gringos", propietarios de una pequeña casa de comercio, al ilustrarse, reniega de su pobreza, y su espíritu, envenenado por las descortесías

que él cree se le prodigan debido a la causa apuntada, quiere reaccionar; pero como en toda alma enferma, la reacción, en lugar de ser benéfica, da frutos malos. Cacio se vuelve calculador, egoísta, frívolo y, lo que es peor, hipócrita y malo. Los Crooker, acudados estancieros del lugar, son para él, constante baldón de su humildad e insignificancia. Representantes de la "aristocracia" campesina, poseedores de una gran fortuna acumulada tras de luengos años de trabajo, presentan todas las características del tipo sajón, laborioso y emprendedor, forjado en la noble fragua del esfuerzo constante. Respetados y queridos por todas las gentes de la comarca, son frecuentes las obras de caridad que prodigan sin ostentación alguna! Don Pedro, el mayor de los Crooker, encarna a perfección el tipo de su raza. Antítesis de Cacio, lo mismo que su hijo Arturo, no podía ser soportado por el incipiente filósofo, que por otra parte no atinaba más que a respetarlo. Cacio atribuía todo su egoísmo, toda esa dosis de ruindad que como flores del mal germinaban en su alma, a las constantes humillaciones que otrora le hiciera sufrir Arturo, el heredero de la fortuna millonaria de los Crooker: primero en la escuela, y luego en toda ocasión propicia, en que el pobre diablo de Cacio vertió abundantes lágrimas de humillación e impotencia. Buena es la explicación, pero no convence. Es que las bajas pasiones alentaban de antaño en el alma de Cacio, y las humoradas de Arturo, fueron acicate potentes para remover el gran fuego que perentoriamente ocultaran protectoras cenizas.

Como digno complemento de los dos personajes ya examinados, tenemos a Menchaca, un "producto legítimo de la civilización inferior y grosera de los pue-

blos de campo", que "participaba de todos los prejuicios, y comulgaba con todos los lugares comunes. Y no acertaba a salir jamás de los limitados horizontes en que lo aprisionaban las nieblas espesas de lo trillado y vulgar." ¡No es acaso este Menchaca un ente soberanamente ridículo? ¡Puede inspirar simpatía un hombre que paulatinamente llega a perder las más elementales nociones del honor y de la vergüenza? Evidentemente no. Personajes de este jaez, no pueden hallar eco amable en nuestro espíritu. Obra realista, en este caso se ha apartado algo de lo "real": en la vida encontramos solamente por excepción Cacios, Guzmanes y Menchacas. Lo que vemos a diario son cuatro botarates o "poseurs", que adoptan esa actitud de incomprensidos para "epatar" a los idiotas que les sirven de satélites.

La crítica ha creído reconocer a Reyles en algunos personajes de sus obras. Se ha dicho que Reyles se ha encarnado en Guzmán. Aceptaríamos de buen grado el presunto parentesco espiritual entre Reyles y Guzmán, si los caracteres del autor se hallaran de acuerdo con los rasgos dominantes del personaje. Nada más encontrado que el carácter de Reyles, voluntarioso y soberbio, y el abúlico Guzmán de "La Raza de Caín", que no halla placer en nada y todo lo mira con un eterno gesto de disgusto. Carlos Reyles, que ha expuesto su ideología de la fuerza, y ha cantado la metafísica del oro, llevando el culto del yo a su máxima consagración en "La Muerte del Cisne", tiene más de Crooker que de Guzmán. En efecto, Arturo Croker reproduce mejor la figura de Reyles que personaje alguno de "La Raza de Caín". Lo que ha hecho exagerar a algunos comentadores del autor de "Beba", ha sido la vida andariega que éste ha llevado siempre, y que lo hace aparecer a los ojos del mundo como un desorbitado, como Guzmán, como Ca-

cio o Menchaca. La comparación con Guzmán tendría siquiera el fundamento de que algunas ideas de Reyles son puestas en boca de este personaje. Pero ese simple detalle no autoriza a afirmar rotundamente que Reyles se ha encarnado en un tipo completamente artificial, imaginario, como el Guzmán de su novela. Pero lo más grave es que se ha dicho que Reyles se ha encarnado en Tocles. En efecto: Alberto Zum Felde, en su interesante estudio sobre el autor que comentamos, ha dicho que Reyles "ha exagerado cómicamente los rasgos hasta trazar su propia caricatura, como en Tocles" y luego: "Reyles proyecta en la obra el fantasma horrible o grotesco de su propia personalidad, ofreciéndose como una lección de experiencia". En este punto no estamos, ni podemos estar de acuerdo con Zum Felde. Es muy posible que el autor de "Crítica de la Literatura Uruguaya", al sostener que Reyles ha pretendido trazar su "propia caricatura", ignore que, el autor, al crear el personaje que ha llamado Tocles, pretendió ridiculizar a uno de nuestros prestigiosos literatos, espíritu desorbitado, que no hallaba marco adecuado dentro del mundo literario en que le tocó actuar. En un principio, Tocles responde bien al "modelo", con sus "excelesas dudas y eternas inquietudes". Pero a medida que se acerca el desenlace de la novela, el acierto evidenciado hasta entonces al trazar esa figura, abandona al escritor, para darnos un Tocles burgués, que reconoce sus errores, y que en adelante desechará el pasado y se dará a vivir como el resto del mundo, pacíficamente.

ALFREDO S. CLULOW.

(Continuará).